

y en general procediese a abiertas amenazas. En la resistencia del Papa a contribuir para el armamento de una segunda armada, vió Olivares sólo avaricia sórdida, mientras que el Papa luego al punto después de la aniquilación de la armada conoció exactamente el agotamiento de la monarquía española y la poca probabilidad de que el anciano y enfermizo rey pudiese continuar con buen suceso la empeñada lucha contra una princesa de la importancia de Isabel (1).

Cuán falsa era la pintura sombría que trazó Olivares de los sentimientos de Sixto V para con España, se saca del hecho de que el Papa tampoco ahora nada quiso saber de una posición directamente hostil respecto de su presumido aliado (2). Lo único cierto es, que el temor a la prepotencia española no estaba dormido en Sixto V. Este temor, que entonces reinaba en toda Europa (3), estaba arraigado tanto más hondamente en el Papa, cuanto que, según lo expresó abiertamente una vez, parecíale que como soberano temporal era al lado del monarca en cuyos reinos no se ponía el sol, como una mosca comparada con un elefante (4). Por esta razón repetidas veces se declaró partidario de un sistema de equilibrio de las potencias europeas. «Los grandes príncipes, hizo notar hablando con el embajador veneciano Juan Gritti, necesitan todos un contrapeso, pues si uno de ellos es demasiado poderoso, los otros corren serio peligro de que les exija demasiado» (5).

A pesar de esto Sixto V estuvo en peligro de venir a dar en una decidida dependencia política de España y de contribuir a aumentar la inmensa extensión del poder de Felipe II, por él con razón temido. La lucha de la Liga de Francia le llevó a este dilema, que según toda probabilidad le acortó la vida (6).

## II

El rey Enrique III de Francia mostróse altamente satisfecho de la elección de Sixto V. Fué no poco confirmado en esto por las

(1) V. Hübner, I, 403.

(2) V. Herre, 394.

(3) Cf. la hoja volante alemana de 1585 en Käber, *La idea del equilibrio europeo* (1907), 25. Varios poetas españoles contemporáneos expresan de un modo enteramente semejante sus esperanzas de la erección de la monarquía universal española; v. Gossart, *Les Espagnols en Flandre*, Bruxelles, 1914, 240.

(4) Esta manifestación la hizo Sixto V el 24 de noviembre de 1589, hablando con Alb. Badoer; v. Raulich, *Contesa*, 297.

(5) Hübner, II, 516.

(6) V. Reumont en la *Hoja teol.-lit.*, 1870, núm. 17.

relaciones de su embajador en Roma, Juan de Vivonne, llamado Señor de Saint Gouard, pues este muy impresionable diplomático al principio no se cansaba de referir los sentimientos favorables del nuevo Papa hacia el rey de Francia. Por eso Enrique III se dirigió al punto a la Santa Sede en demanda de ayuda para reprimir las sediciones que se levantaban en su reino. A este grito en demanda de ayuda dirigido al cardenal Luis de Este, protector de Francia en Roma, habíase añadido ciertamente una ligera amenaza, indicándose la posibilidad de una confederación con los hugonotes (1).

Sixto V a principios de junio de 1585 se expresó claramente sobre su actitud respecto de las revueltas de Francia. Aseveró su resolución de auxiliar al rey Enrique III no solamente con su dinero y su poder, sino también con su propia sangre, en el supuesto de que su majestad no entablase tratos con los hugonotes (2). Incondicionalmente mantuvo con razón este principio la cabeza suprema de la Iglesia. Pero ¿qué actitud debía tomar respecto de la Liga? La decisión de esta cuestión se había dificultado sobre todo por el hecho de que Sixto V durante el tiempo de su obligado ocio cuando era cardenal, había estado ajeno a la situación política. Por eso al principio evitó tomar una decidida actitud. Denótalo esto bien lo que se contaba en Roma, que el cardenal Este, que, fundándose en la parte que tuvo en la elección pontificia, creía haber de recomendar a Sixto V luego después de ésta los negocios de Francia, había recibido esta respuesta: el Padre Santo hará lo que el Espíritu Santo le inspire (3). Se imponía tanto más la circunspección, cuanto las noticias sobre la situación complicada de Francia eran lo más contradictorias posible.

El embajador español Olivares y el cardenal Pellevé ligado en estrecha amistad con él no se cansaban de presentar a los partidarios de la Liga como los únicos seguros apoyos de la antigua fe en Francia. Hacían notar que por eso se les debía aprobación y asistencia

(1) V. Hübner, I, 261 s., 315, 362; Bremond, 170 s. Como una concesión importante consideró el embajador francés el habersele asignado en la coronación del Papa en 1.º de mayo, como en tiempo de San Pío V, el lugar inmediatamente después del representante del emperador y antes del de España. Cf. Charrière, IV, 371. Extracto de las *\*Lettere al card. d'Este dal suo agente in Parigi* desde el 5 de agosto de 1585 hasta el 2 de agosto de 1586 en el Barb. LXII, 15, *Biblioteca Vatic.*

(2) V. la relación de Vivonne de 4 de junio de 1585 en Bremond, 173.

(3) V. el *\*Avviso* de 24 de abril de 1585, Urb., 1053, p. 179<sup>b</sup>, *Biblioteca Vaticana*.



de parte del jerarca supremo de la Iglesia. En oposición a esto Vivonne y el cardenal Este pintaban a los de la Liga con los más negros colores: como intrigantes, que bajo pretexto de la fe servían a los intentos ambiciosos de los Guisas, como rebeldes declarados, cuya conducta había de redundar también en perjuicio de la religión, por cuanto empujaban al rey a echarse en brazos de los hugonotes. Vivonne y Este podían indicar que de ningún modo todos los católicos de Francia estaban al lado de la Liga, y que antes bien la mayor parte de la nobleza católica y de los oficiales de la corte y también algunos prelados defendían a Enrique III (1). El prudente representante de la Señoría veneciana, Priuli, al juzgar la situación de Francia, hacía resaltar sobre todo el lado político. La Liga, así susurraba al oído del Papa, no es lo suficientemente fuerte para obtener la superioridad sin la asistencia de España, la cual al fin cosechará los frutos de la victoria (2).

Era natural que los representantes de los diversos partidos que se combatían con extremada violencia, procurasen por todos los medios ganar para sí al Papa. Lo maravilloso es cómo éste a pesar de su inexperiencia política y de los informes parciales que le daba la congregación especial, que celebraba sus sesiones bajo la presidencia de Este (3), muy pronto con certero instinto se hizo cargo de la situación. Si vencía la Liga con ayuda de Felipe II, desaparecería el calvinismo francés, pero juntamente con él la independencia política de Francia. La preponderancia de España era entonces tan grande, que agobiaba a Italia y a la Santa Sede. Por eso Sixto V,

(1) En los *\*Commentarii delle cose successe nel regno di Francia da che prese il possesso di quello Henrico III se dice: Questa lega non è dubio che non fosse stata molto a proposito per conservare la religione quando il re ne fosse stato capo o la presa dell'armi si fosse differita sino alla morte di quello, ma havendo i confederati drizzato senza indugio un'essercito et parte de' cattolici abborrendo tal attione come quella che pare[v]a lor peccato di lesa M<sup>ta</sup> si mesero col re et lo essortavano a far la guerra contro essi confederati et questi furono tutti li prencipi cattolici del sangue reale eccetto il Cardinal di Borbone solo, cioè il prencipe di Conty, il Cardinale di Vandomo, il conte di Suisson figliolo del gia prencipe di Condé et il duca di Mompensiero et quasi tutta la nobiltà della corte et uffitiali della corona, alcuni del clero di maniera che tutt'i cattolici di Francia si divisero in due parti Realisti et Legalisti. Cód. Dur., 44, p. 266 de la *Biblioteca de Karlsruhe*.*

(2) V. Hübner, II, 160 s.; Bremond, 173 s. Cf. también en el núm. 3 del apéndice la *\*relación de Ragazzoni de 23 de mayo de 1585, Archivo secreto pontificio*.

(3) Es mencionada por primera vez en el *\*Avviso de 11 de mayo de 1585, Urb., 1053, p. 202, Biblioteca Vatic.*

además de su primera obligación, la salvación de la fe católica en Francia, había de procurar también, en segundo término, que Francia siguiese subsistiendo como gran potencia. Pero la ayuda española, por la cual únicamente podía vencer la Liga, era impopular entre la mayor parte de los franceses, aun entre muchos de la Liga; originábase el peligro de que empujase al campo de los hugonotes al rey vacilante con el gran partido medio, que era a la vez católico y antiespañol, y estaba adherido a él como a su legítimo soberano. Por eso Sixto V juzgaba muy rectamente, que el bien de la religión y la salud de Francia sólo se podían alcanzar, si se compusiese la discordia entre los católicos franceses y todos los partidarios de la antigua fe se juntasen bajo *una sola* bandera. Este conocimiento determinó al Papa a obrar. Como sin embargo no le parecía llegado aún el momento de intervenir con buen éxito, importaba por lo pronto ganar tiempo.

Entre tanto el 2 de junio de 1585 llegó a Roma el duque de Nevers, Luis Gonzaga, acompañado del cardenal Vaudemont Carlos de Lorena (1). Debía alcanzar lo que no se había podido conseguir de Gregorio XIII; esto es, que el Papa se declarase decidido partidario de la Liga, y expidiese una bula que excluyera de la sucesión en el trono a Enrique de Navarra y a Condé a causa de su herejía.

Conforme al consejo prudente del embajador español, Nevers se dirigió preferentemente a los sentimientos religiosos del Papa. Apoyado por Pellevé, representóle con palabras elocuentes, que la Liga de ninguna manera tenía por fin una revolución contra el débil rey, que trabajaba únicamente por el bien nacional y religioso de Francia. El duque, así dijo el Papa a Vivonne, me juró que sus amigos no tenían otro fin que servir a Enrique de Valois y expulsar a los herejes. Esto no lo puede censurar la cabeza suprema de la Iglesia. En otra audiencia declaró el Papa: si el rey al fin obrase, Nos no nos veríamos forzados a hacer esto en vez de él. «Participe su señoría, que yo quiero apoyar a su majestad con todas mis fuerzas, pero con la condición de que no entre en tratos con los hugonotes, sino que los

(1) V. el *\*Avviso de 4 de junio de 1585, Urb., 1053, p. 240, Biblioteca Vatic.*, y la *\*relación de C. Capilupi, de 3 de junio de 1585, Archivo Gonzaga de Mantua*. H. de la Ferrière (*Lettres de Cath. de Médicis, VIII, xxvii*) equivocadamente no hace llegar Nevers a Roma hasta el 12 de junio. Sobre las cartas falsificadas de Nevers en las *Mémoires du duc de Nevers, I, 665 s.*, editadas por M. le Roy de Gomberville, 1665, v. Bremond en la *Revue des quest. hist., XXXV (1884), 226 s.*



expulse de su reino. Tengo ahora la seguridad de que los de la Liga no intentan más que esto» (1).

Ya creían Nevers y Vaudemont tener ganado el juego (2). Pero triunfaban demasiado temprano. Aunque Sixto concedía, que la desconfianza con Enrique III estaba justificada, con todo persistió vivamente en la necesidad de una inteligencia. «Entablad negociaciones con Vivonne y Este, dijo a Nevers y Vaudemont, pero de una manera apacible y amistosa; concertad todos los cuatro en común el esbozo de un convenio, mostrádnoslo, y Nos veremos lo que se haya de hacer. Si no podéis ponerlos de acuerdo, Nos tomaremos el negocio en nuestras manos». A las instantes súplicas en demanda de la expedición de una bula según la mente de la Liga se respondió con evasivas (3).

Así Nevers, cuando se partió el 18 de junio, acompañado de nuevo por el cardenal Vaudemont, hubo de decirse para sí que no había alcanzado su verdadero fin. Una última tentativa para conseguir una bula contra Navarra que Vaudemont había hecho en la audiencia de despedida, quedó frustrada. A las apretadas y cada vez más impetuosas instancias del cardenal francés respondió interrumpiéndole el Papa con estas palabras: «Os hemos dicho que no podemos hacerlo. Ahora os decimos que no queremos hacerlo» (4).

Los breves de 5 de junio de 1585 que Nevers recibió como respuesta a las cartas del cardenal Borbón y del duque de Lorena dirigidas al Papa, no correspondieron ni de muy lejos a las esperanzas de los de la Liga (5). En el breve al cardenal Borbón expresó el Papa su extremo dolor por las turbulencias de Francia. Alabó el celo de los católicos en conservar la religión, pero unió a esto una seria amonestación: «En vuestras resoluciones y actos habéis de cuidar de tener recta intención, emplear medios honestos, guardar consideración a la categoría y dignidad de las personas de que se trata, y sobre todo, reconocer con respeto y obediencia la dignidad y auto-

(1) V. Bremond, 177 s.

(2) También C. Capilupi en sus \*relaciones cifradas de 12 y 15 de junio de 1585 cree poder notificar que Sixto V procedería conforme a los deseos de Nevers. En la relación de 15 de junio se dice que Vivonne estaba «molto solo» y los cardenales franceses estaban estrechamente unidos con Nevers. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. Hübner, II, 165 s.

(4) V. *ibid.*, 167.

(5) V. Fouqueray, II, 133 s.

ridad del rey, conforme al aviso del Apóstol: estad sujetos a vuestros superiores; pues toda autoridad viene de Dios, y las que existen están ordenadas por Dios. Si faltáis en algo respecto a esto, pecaréis gravemente; vuestro proceder habría de ser condenado por todos y no podríais estar dispuestos para salvaros a vosotros mismos y al reino». La carta al duque Carlos de Lorena sólo alababa su celo por la religión católica (1).

Con toda la claridad deseable expuso Sixto V al rey de Francia su modo de ver en una carta fechada a 24 de junio de 1585. Dicese en ella, que él quería auxiliar a su majestad en todas las necesidades y no permitir que su dignidad real fuese combatida y su reino dividido. Que los de la Liga aseguraban que sólo intentaban defender la religión y limpiar el reino de herejes; que si ello era así, no podía reprimir esta intención, pero que él, el Papa, quería que reconociesen por rey a Enrique III. Que Este y Vivonne aseguraban que el rey quería revocar el edicto de 1580 y librar al reino de los novadores en religión. Que él alaba este intento y promete su ayuda, por cuanto procurará que las armas de los de la Liga se unan con las de su majestad (2).

En un breve dirigido el 13 de julio de 1585 al cardenal Borbón y al duque Enrique de Guisa alababa el Papa su lucha contra los hugonotes, pero añadía, muy significativamente, que la victoria sería de esperar con tanta mayor seguridad, si en la pelea procedían unidos con el rey, acerca del cual ellos notificaban que se mostraría no solamente auxiliador, sino también adalid de la causa común (3).

Para informarse mejor sobre la situación complicada de Francia, resolvió Sixto V hacer un cambio en la nunciatura francesa. El poseedor hasta entonces de este puesto, Jerónimo Ragazzoni, enviaba relaciones sumamente parciales, sobre todo informando en mal sentido sobre la Liga y en bueno sobre el débil rey. Sixto V quiso reemplazarle por Fabio Mirto Frangipani, arzobispo de Nazaret. Este varón encanecido en los negocios de Estado se alegró de esta

(1) El texto del breve a Borbón se halla en parte en la *Revue des quest. hist.*, XXVII (1880), 156, nota 1, y completo en *Le Cabinet hist.*, III, 206. En el breve para Carolo duci Lotharingiae se dice: \*Zelum tuum catholicae religionis tuendae summopere probamus nec potest quidquam fieri Ecclesiae utilius, tibi ipsi gloriosius, reipublicae christianae salutarius, divinae bonitati acceptius. 15 Iunii 1585. Brevia Sixti V, Arm. 44, t. 30, *Archivo secreto pontificio*.

(2) Arch. d. Soc. Rom., V, 583 s.

(3) V. el \*texto (*Archivo secreto pontificio*) en el núm. 6 del apéndice.



promoción y fué una gloria de la alta prelatura. Como ya había sido nuncio en Francia en tiempo de San Pío V de 1568 a 1572 (1), conocía exactamente el país y la gente (2). Vivonne y Este propusieron en cambio al obispo de Reggio (3). Con todo, Sixto V no dejó que se le hiciese mudar de opinión. Cuando Vivonne indicó las estrechas relaciones de Frangipani con España, le replicó el Papa: «Se Nos refiere que el rey de Francia se sirve de los hugonotes y quiere entablar tratos con la reina Isabel de Inglaterra. Su señoría refiere directamente lo contrario. ¿A quién debo creer? Frangipani averiguará el verdadero estado del asunto» (4). Cuando Sixto V tuvo la cortés atención (5) de comunicar al embajador francés el definitivo nombramiento de Frangipani para nuncio en París, éste no se atrevió a contradecir, de modo que el Papa supuso que asentía. Corresponde también a esto el haber escrito Vivonne a su rey, que él se daba por contento (6).

Pero entre tanto el cardenal Este, que había sido ganado por Médicis para impedir la elección de Frangipani, había ya dado pasos decisivos en París para ello. La consecuencia fué, que Frangipani, a su llegada a Lyon se encontró con una carta del rey de Francia, en que se le significaba que no continuase su viaje. Vivonne recibió el espinoso encargo de comunicar al Papa esta fatal resolución de su señor. Como se había vuelto atrevido por las muestras de favor hasta entonces recibidas, creyó poder fácilmente desempeñar este encargo, y esto tanto más, cuanto que esperaba que la noticia acabada de llegar de la paz concluída con la Liga por Enrique III el 7 de julio de 1585 en Nemours sería muy del agrado del Papa. Sintióse tan seguro de su negocio, que hasta se atrevió a solicitar un socorro de dinero para su rey, pues se habían unido ahora los católicos franceses contra los hugonotes. Juntóse a esto la petición de que se atendiese a la protesta de Enrique III contra Frangipani. Sixto V se mostró grandemente maravillado y no ocultó su indignación. Res-

(1) V. nuestros datos del vol. XVIII.

(2) Esto lo hace resaltar especialmente la \*Vita Sixti V ips. manu emend., *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. la \*relación de C. Capilupi, escrita desde Roma el 12 de junio de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. la relación de Vivonne, de 16 de junio de 1585, en Bremond, 181.

(5) Cf. Biaudet, *Nonciatures*, 54, nota 4.

(6) V. Bremond, 182. Según la \*relación de C. Capilupi de 19 de junio de 1585, se determinó entonces el envío de Frangipani. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

pecto al convenio advirtió secamente, que primero había de conocer sus condiciones; pero que la recusación de Frangipani la consideraba como un acometimiento a su propia dignidad y a la de la Santa Sede. A la indicación que hizo Vivonne de las relaciones de Frangipani con los Guisas, respondió con la oportuna observación de que este reproche era más que raro en un momento en que el rey había concertado la paz con la Liga (1).

Después que Sixto V hubo recibido de Frangipani una exacta relación sobre la injusticia contra él cometida, resolvió dar un paso enérgico para defender la autoridad de la Santa Sede. Cuando Vivonne el 26 de julio se presentó en el palacio pontificio para la audiencia, se le significó que el Papa no podía recibirle, y que antes bien le mandaba que dentro de veinticuatro horas saliese de Roma y dentro de cinco días del Estado de la Iglesia (2). El 29 de julio el Papa mismo comunicó al rey de Francia su resolución, que había sido provocada por la conducta llena de oposición del embajador (3).

No solamente los cardenales Este y Rambouillet, sino también el embajador veneciano Priuli y el mismo Olivares procuraron apaciguar al Papa. Con todo sus representaciones fueron infructuosas. Dijo Sixto V a Este, que él era afecto al rey de Francia; que quería apoyarle, si la guerra contra los hugonotes se hacía sincera y seriamente. Pero que ahora al principio de su pontificado, no podía permitir tranquilamente que se le infiriesen ofensas personales. Que de lo contrario cada cual se permitiría burlarse de él y tratarle de esta manera, como lo había consentido Gregorio XIII. Santori tuvo gran trabajo en disuadir al Papa de que hablase del suceso en el consistorio (4).

Lo único a que fuera de esto accedió todavía Sixto V, fué a declarar que permitía a Vivonne permanecer provisionalmente en Tivoli en la casa de Este. Vivonne, profundamente apesadumbrado, no lo aceptó: el 3 de agosto salió del Estado de la Iglesia, para reha-

(1) V. la relación de Vivonne de 23 de julio de 1585, en Bremond, 183 s. Sobre la paz de Nemours v. De Barthélemy en la *Revue des quest. hist.*, XXVII (1880), 465 s.

(2) Para lo que sigue, además de las cartas utilizadas por Hübner (I, 312), cf. también las de Juan Alberti en Desjardins, V, 12 s. y las \*relaciones de C. Capilupi de 27 y 31 de julio y de 3 y 7 de agosto de 1585, *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) El texto se halla en el Arch. d. Soc. Rom., V, 576-579, con el falso año 1575 en vez de 1585.

(4) Santori, *Autobiografía*, XIII, 167. Cf. Hübner, I, 312; Desjardins, V, 19.



cerse en los baños de Luca de la terrible excitación. Antes de su partida dirigió el fogoso francés al cardenal secretario de Estado una carta o más bien un libelo, en que acometía personalmente al Papa. Aconsejó a su rey exigir un concilio general, y si Sixto lo rehusaba, juntar en Francia un concilio nacional (1).

Antes de este incidente, que puso muy próxima la contingencia de un rompimiento entre la Santa Sede y el rey de Francia, había Sixto confiado a la Inquisición romana el examen de la cuestión sobre si debía publicarse una bula contra Enrique de Navarra (2). Felipe II y los Guisas instaban a obrar lo más pronto posible; Este, Rambouillet y Vivonne lo disuadían decididamente. El Papa vacilaba todavía. Hasta principios de septiembre no llegó a resolverse. El resultado fué, que la persuasión de que Francia no podía tener sino un monarca católico, alcanzó la victoria sobre todas las dificultades hechas valer especialmente por Santori. Sólo fulminándose censuras contra los cabecillas de los hugonotes, podían los católicos todavía vacilantes ser movidos a abandonar el partido de Enrique de Navarra, incurso notoria y reiteradamente en herejía.

La bula leída en el consistorio de 9 de septiembre de 1588 establece por los autos del proceso ya instruido en tiempo de Gregorio XIII, por otros numerosos documentos y por graves declaraciones de testigos, que Enrique de Navarra y Condé habían reincidido en sus errores abjurados solemnemente y se habían levantado en armas contra el rey y los demás católicos franceses para perseguir a sangre y fuego a los secuaces de la antigua fe, de suerte que se habían de considerar como herejes notorios y relapsos. Según el derecho vigente en caso de notoria herejía sobrevenía la pérdida del poder y dignidad. Conforme a esto, Sixto, en la bula y en la forma de antiguo usada, declara judicialmente por la plenitud de la potestad por Dios a él concedida y con asentimiento de los cardenales, que Enrique de Navarra y Condé, estos «hijos de ira», como herejes relapsos, impenitentes, públicos y notorios y enemigos de la verdadera fe cristiana, habían incurrido en las penas debidas, y en particular que habían perdido todas sus dignidades y la sucesión en el trono especialmente en Francia, y con esto también la pretensión de exigir obediencia a sus vasallos. A Enrique III, a quien se le

(1) V. Bremond, 188 s.

(2) El 5 de junio de 1585 Sixto V solicitó de Santori una copia del proceso contra Enrique de Navarra; v. Santori, Autobiografía, XIII, 166.

recuerda el juramento de su coronación que le obligaba a extirpar las herejías, se le requiere que ejecute este fallo judicial, y se manda la publicación del mismo a todos los arzobispos y obispos franceses (1).

Este importante documento se promulgó el 21 de septiembre de 1585 siendo fijado en la iglesia de San Pedro y en el Campo de las Flores (2). Veinticinco cardenales habían firmado la bula. Faltaban Este y Rambouillet (3), no como si éstos hubiesen combatido el derecho del Papa a hacer valer de la indicada manera su poder judicial aun sobre lo temporal. Este derecho no lo ponía en duda ningún miembro del Sacro Colegio; pero sí había diversidad de opiniones sobre la oportunidad de dar semejante paso. Por motivos de oportunidad el cardenal Santori, aunque firmó la bula, había disuadido decididamente su publicación, indicando al Papa las más malas consecuencias que se habrían de seguir, si se empleaban antes de tiempo los medios más rigurosos. Cuando Sixto conoció más tarde que había cometido un yerro con la promulgación de la bula, llamó al cardenal su «Casandra» (4).

(1) V. Acta consist., 843; Desjardins, V, 20. El texto de la bula *Ab immensa aeterni Regis*, fechada Quinto Idus Sept. (= 9, no 5, como indican muchos, también L'Epinois [La Ligue, 26] y Herre [377]), y al punto impresa en Roma apud haeredes Ant. Bladii impress. Cam., es muy cómodamente accesible en Goldast, Monarchia, III, 124 s. y Sentis, Clem. VIII Decret., lib. 7, p. 165 s. Janssen (Una segunda palabra a mis críticos, nueva edición, preparada por L. Pastor, Friburgo, 1895, p. 141) hace resaltar con razón contra Ebrard, que ella no es una decisión dogmática pontificia *ex cathedra*, y que no se halla en ella el principio general de que un príncipe hereje no tiene derecho a reinar sobre súbditos católicos y éstos no le deben fidelidad. Cf. también Hergenröther, La Iglesia y el Estado, 676 s. y De Meaux, Luttes relig., 210.

(2) V. Goldast, loco cit., 126. El primero en mencionar la bula es C. Capilupi en su \*relación de 11 de septiembre de 1585 (*Archivo Gonzaga de Mantua*), Sporeno no lo hace sino en su \*carta de 14 de septiembre de 1585 (*Archivo del Gobierno provincial de Innsbruck*). Del mismo día es un \*Avviso, que dice, que se alababa en Roma el paso dado por el Papa. Urb., 1053, p. 299, *Biblioteca Vatic.* El \*breve a Enrique III, fechado a 21 de septiembre de 1585, puede verse en los Brevia Sixti V, Arm. 44, t. 30, *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. Goldast, loco cit., 126. Según la \*relación cifrada de C. Capilupi de 12 de octubre de 1585, Sixto V se irritó mucho por haberse negado Este a firmar; dijo con razón, que si la bula no le había agradado, lo hubiera debido decir antes y exponer sus motivos en el consistorio. Asimismo se quejó el Papa de Rambouillet, quien dió la excusa de que no había podido firmar la bula, porque ¡padecía de quiragra! *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Santori, Autobiografía, XIII, 169. Cf. también la manifestación que hizo Sixto V hablando con Badoer, en Raulich, 249, nota 2 y Maffei Hist., 8. También Granvela tuvo por prematura la bula, principalmente porque deseaba que su rey hubiese conquistado primero a Navarra; v. Philippson, Granvela, 457.